

MESTRE, el ornitólogo

Elías Moro Cuéllar

A Mestre le asoman palomas por la cabeza, centauros del costado, estrellas de entre las manos; y peces y bicicletas y sombreros que vuelan a través de constelaciones y susurros, galopan por el camino de la nieve y las calles de las aldeas, amanecen en la sed y la alegría, se hacen música en su vuelo.

El diccionario de la R.A.E. define el término juglar, en su 5ª acepción, como trovador, poeta. Así lo pensé yo camino de mi casa, después de despedir a Juan Carlos Mestre en la estación de Mérida un día ya lejano e indeleble en mi memoria desde entonces; en mis oídos sonaban (con la música de un acordeón), y aún siguen sonando cada vez que me acerco a sus versos, poemas como el *Salmo de los bienaventurados*, *Antepasados*, *Valle del alba*, *El arca de los dones*, *Retrato de familia*, *Fechado en Auschwitz*, *Página con perro*, *Asamblea*, *La tumba de Keats...*

Cada vez que leo sus poemas siento una mano amiga en el hombro.

Sucede la poesía cuando Mestre aparece; ella, enamorada de esa bondad que se abisma en los ojos del poeta, le otorga sus favores con una magnificencia de la que carece cuando de otros se trata. Mas justo es decir que es un amor correspondido; él, Juan Carlos, también siente fervor por ella: jamás la ha traicionado ni, sospecho, tendrá nunca ni la capacidad, ni el arrojo, ni la más mínima intención de hacerlo. Pero, ¿cómo es la poesía de Juan Carlos Mestre? Pues como ella quiere, no sujeta a reglas ni amantes, libre e irredenta como una puta sin edad, apasionada por su oficio, llena de achaques y afeites y que, tirada en medio de la calle o encumbrada a los más altos palacios, saciada o temerosa, otorga sus favores a esos clientes que ella escoge y nunca le faltan.

Como ocurre con aquellos que se enamoran a primera vista, cuando dos palabras se encuentran, y se miran, y se ponen una al lado de la otra, y se cogen de la mano, y nos dicen algo que nunca había sido dicho de esa manera, eso es la poesía.

Sucede la poesía cuando Mestre aparece; las palabras entran en sus poemas como muchachas a la promesa de un baile y, como un extraño con hambre que llama a tu puerta en la noche de los viernes, nunca salen como entraron en él; su significado ya no es el mismo de siempre.

La incertidumbre y la magia, el compromiso y la imaginación (acaso el instrumento más formidable de que dispone el hombre para su felicidad), la dignidad y el fulgor de la inteligencia, el exacto silencio de lo cierto se han adueñado de sus palabras y de paso del lector.

En palabras de Osías Stutman “el poema restituye palabras al mundo por que el mundo destruye palabras que el poema salva”.

Lorca también lo sabía, y era otro de esos raros afortunados que tienen tratos secretos con ella.

Si a esto añadimos que su poesía es de una altura moral inusual en estos tiempos, plagada de versos llenos de rechazo y rebeldía ante lo oscuro de la historia y la vida, compasivos ante los humildes, feroces frente a la crueldad, habremos metido en el mortero todo lo necesario para que el producto resultante sea como pan recién hecho y para que quien lo prueba (cabe decir el lector) no salga indemne. Es la suya una actitud en la que la imaginación tiene la facultad de transformar la realidad, en que la injusticia no tiene cabida (sólo si es para denunciarla), y donde la dignidad del hombre bueno jamás se pone en entredicho.

Mestre, en fin, tiene la cabeza a pájaros: cuclillos, petirrojos, gorriones, cárabos, alondras, estorninos, cisnes, faisanes, oropéndolas, la delicadeza de haiku de los colibríes...

A Mestre le asoman estrellas por la cabeza, palomas del costado, centauros de entre las manos; y peces y bicicletas y sombreros que amanecen a través de constelaciones y susurros, vuelan por el camino de la nieve y las calles de las aldeas, galopan en la sed y la alegría, se hacen música en su vuelo.

Fin